

México Ante EU

Raíz de las Diferencias

POR LORENZO MEYER

EN visperas de la reunión De la Madrid-Reagan, las noticias siguen siendo contradictorias. Por un lado, los funcionarios estadounidenses y mexicanos declaran que no hay tensiones entre los dos países y que no se ejercen presiones contra México para obligarlo a cambiar su política hacia Centroamérica. Sin embargo, por el otro, la prensa estadounidense insiste en hacer referencia a las contradicciones entre los dos países y a posibles presiones de Washington contra México. En términos generales, la diferencia de posiciones entre nuestro gobierno y el de Estados Unidos es, quizá, inevitable y tiene una profunda raíz histórica. En efecto, en los casi 163 años que México tiene de vida independiente, parecen haber predominado las diferencias sobre las coincidencias con el país vecino. Ahora vivimos una etapa más de esta historia de desencuentros que no debe asombrarnos ni alarmarnos, aunque sí debe hacernos cautos y mantener la conciencia de nuestros límites.

★

AL iniciarse el siglo pasado, los insurgentes y los liberales mexicanos confiaron en que las similitudes ideológicas entre su proyecto y el del recién independizado Estados Unidos, llevarían a este país a dar un respaldo activo a la lucha por la independencia y la democracia de la América española. Después de todo, Estados Unidos había obtenido su independencia con el apoyo extranjero: el de Francia. Sin embargo, la simpatía teórica de la democracia estadounidense por nuestra liberación casi no tuvo contrapartida práctica.

Las ambiciones territoriales de Estados Unidos al iniciarse el siglo XIX llegaron a que los intereses nacionales de los dos países chocaran frontalmente. Ellos querían ad-

quirir por cualquier medio vastos territorios del norte mexicano más derechos de paso en el norte y por el Istmo de Tehuantepec. Nosotros nos empeñamos en no vender y el resultado fue la guerra de 1847 y sus secuelas (La Mesilla, el tratado de MacLane-Ocampo, etcétera).

Con la restauración de la República las cosas mejoraron, aunque no mucho, pues desde entonces y hasta la penúltima década del siglo pasado, el tema dominante de la relación con nuestros vecinos del norte fueron los diversos tipos de reclamaciones: el pago de daños, contrabando, abigeato, etc. Sólo en los últimos años de ese siglo empezó a surgir una cierta coincidencia de intereses. Estados Unidos pudo y quiso invertir al sur del Bravo, y el gobierno de don Porfirio aceptó este capital para modernizar al país. Esta coincidencia duró poco más de veinte años, y no estuvo exenta de problemas.

CON la Revolución de 1910 los intereses nacionales de los dos países volvieron a apartarse, pues Washington se propuso ni más ni menos que dirigir nuestra revolución social. La tarea le resultó frustrante, le llevó treinta años y revivió el nacionalismo mexicano.

Con la Segunda Guerra Mundial México se encontró de golpe y porrazo como aliado de los "buenos vecinos" del norte en una lucha mundial. El espíritu de camaradería oficial desarrollado durante la guerra se fue diluyendo en la posguerra, no sin cierto pesar entre algunos miembros de las administraciones de Miguel Alemán y Ruiz Cortines. En la lucha global Este-Oeste que siguió, México debió tomar alguna distancia de la posición estadounidense, pues sus intereses vitales no estaban en juego. De todas formas, la intensa relación económica de los años de la guerra se mantuvo y se ahondó.

En los años sesentas se consolidó el tipo de relación que ahora tenemos con Estados Unidos: ambigua y contradictoria. El país del norte es nuestro principal mercado de bienes, servicios y mano de obra así como fuente de

SIGUE EN LA PAGINA NUEVE

México Ante EU

Sigue de la pagina siete

capital pero aún no hemos podido llegar a un acuerdo claro en las reglas que gobiernan este vital y desequilibrado intercambio, pues en varios puntos nuestros intereses no coinciden: proteccionismo, migración, legislación sobre inversión foránea, etcétera. Al lado de esta determinante realidad económica, y pese a ella, México se ha resistido a coincidir con Washington en su política latinoamericana por considerarla innecesariamente intervencionista: Guatemala en los cincuentas, Cuba y Santo Domingo en los sesentas, El Salvador y Nicaragua ahora.

El límite a una actitud independiente frente a Estados Unidos es nuestra patente y patética vulnera-

bilidad económica. Sin embargo, y pese a que tenemos que negociar desde posiciones de debilidad, creo que debemos intentar defender nuestro derecho a disentir. Es verdad que debemos evitar que se repitan los choques directos que hubo en lo pasado, pues tenemos mucho que perder, pero también lo es que debemos mantener nuestra distancia de las acciones estadounidenses de corte imperial, sobre todo en Iberoamérica.

Así pues, si pese al calor de mayo la atmósfera que circunda el próximo encuentro De la Madrid-Reagan es fría, no debemos sorprendernos ni alarmarnos. En las circunstancias actuales, quizá esto sea lo mejor.